

existía sin duda en la tierra de los Eduardos, bastante á sobreponerse al protestantismo, pues que la Inglaterra no se manifestó indiferente á la suerte del Papa; y aquel ilustre Estado que acababa de relegar en su concepto á una historia ya fenecida el nombre de su último rei, tuvo una noble aspiracion que le cubrirá siempre de gloria. Acordáos, católicos, de que Francia asió con fuerza un título que creían todos iba á escapársela de las manos; un título que habia heredado juntamente con el genio de sus antiguos reyes; un título que le hacia ocupar cierto noble primado en las relaciones del mundo con la silla de Pedro: que salió á su defensa desde los instantes primeros en que parecia ménos fuerte, y que, restituyendo á Pio IX, fué saludada por el orbe, por la ciudad y por el Pontífice *cristianísima y republicana*. Pero qué, ó vosotros los que no habéis encontrado vínculos para el altar mas que en el trono, ¿no habia reyes aún, y reyes poderosos, que hubiesen restituido al Pontífice-rei al gobierno de sus Estados? ¿Por qué pues tan extraño fenómeno en el sistema de vuestras ideas? ¿Qué misterio es este, católicos? Me atrevo á sospecharlo, y á pesar de mi conviccion, no os lo diré, sino con la modesta reserva de la incertidumbre. Me inclino á creer que, sirviéndose de la Francia para esta mision en los momentos en que el mundo político estaba sufriendo una gran crisis, Dios quiso corregir una página de la ciencia del Derecho social, poniendo en su lugar, que sus tabernáculos han de recibir el incienso, no solo de las manos que empuñan el cetro, sino tambien desde las sillas curules, y desde el noble y sencillo dosel del primer magistrado de una república.

Al explicarme de esta suerte, me agita, católicos, cierto vago temor. ¿Lo diré? Si, por el honor de mi ministerio y de la doctrina que predico, mas bien que por mi amor propio. ¿Habré sido filiado con cualquiera sospecha en algun partido político? Podrá ser; pero yo os aseguro, que al penetrar en este templo, he dejado fuera de sus umbrales los pensamientos de la tierra, y al presente no me agitan sino los intereses de la religion. Como ella, tampoco yo vengo á establecer una exclusiva, sino á fijar una idea: no me propongo abogar por ningun sistema político, sino demostrar que la santa religion que profesamos es amiga de todas las sociedades bajo cualquiera de sus formas legítimas, y donde quiera reconoce y sostiene los derechos que nacen de las relaciones de Dios con la naturaleza humana.

Pero, católicos, sin apercibirme de ello, estoy viendo ya el famoso acontecimiento que celebramos, bajo el otro aspecto que me propongo. Sin transición paso, pues, á mi segunda idea.

SEGUNDA PARTE.

La paz de que hablo aquí, consiste, no en ese violento equilibrio de intereses contrapuestos en su igualdad de poder, sino en la inalterable y quieta posesion que tiene de su propio destino, de sus propios atributos cada uno de los elementos de nuestra dicha: mas nuestra dicha, para ser digna de nuestra naturaleza y de nuestros destinos, debe ser el producto combinado de la razon, de la voluntad y el poder. Conciértase la razon consigo misma mediante la fe; conciértase la voluntad consigo misma mediante la esperanza; conciértase el poder con la voluntad y la inteligencia mediante la caridad. Un acontecimiento, pues, que arguye para la gloria de Dios el triple fruto de la fe, de la esperanza y la caridad, entraña por lo mismo todos los elementos de la paz, y he aquí cómo en el suceso que á todos nos reúne en este lugar santo, celebra la Iglesia la gloria de Dios, y en esta gloria de Dios mira el Estado la dicha de la sociedad.

La paz está, católicos, donde se reconoce y admite la verdad, donde se profesa y acata la justicia, donde se afirma y conserva el orden: la razon de esto es mui sencilla, y dígandole, si no: primero, la guerra de las doctrinas; segundo, el choque de los intereses y el conflicto de las pasiones; tercero, el espectáculo que presenta la anarquía en la sociedad. Esto es palmario; pero lo que no era tanto sin duda es el acuerdo comun acerca de los medios que podian unir á los pueblos y concertarlos en la verdad, en la justicia y en el orden. Ellos, lo mismo que los individuos, parecen condenados á vivir de propios escarmientos, sin mas diferencia, que en los individuos los choques se pierden desapercibidos en los pormenores de la vida privada, mientras que en las sociedades se sufren terribles agitaciones, y las hai tales, que parecen presentar al mundo amenazando ruina. Nunca he podido olvidar el célebre pensamiento de un publicista de nuestros días, en cuyo concepto hai crisis en que los pueblos necesitan pasar por el sepulcro para volver segunda vez á la vida. Si la actual revolucion de Europa presentaba ó no su turno al apotegma del filósofo, no lo sé; pero los clamores de la prensa lo hacian temer, y el rápido curso de los desastres políticos hizo llegar el sacudimiento social de la Europa hasta las extremidades del mundo. Este enfermo estaba desahuciado, pues, bien lo sabéis.

¿Se ha curado radicalmente? Nadie puede presumirlo; pero lo que hai de claro es, que con la vuelta providencial del Pontífice-Rei, anuncia los síntomas de una brillante convalescencia.

Bajo este punto de vista quiero colocaros, para dar toda la exactitud á mis ideas. No entra en mi plan la presuntuosa asercion de una conquista perdurable, cuando se trata de la paz entre los hombres. ¿Cambió ya la naturaleza humana? ¿Se destruyeron ya esas encrucijadas, digámoslo así, en que suelen chocar de frente la libertad y la lei? ¿Han muerto, por ventura, los elementos primitivos de esas turbulencias frecuentes que agitan á las sociedades, lo mismo que á los hombres? ¿No tiene aquella mas razon que el Apóstol para quejarse como él, cuando se sentia impelido por dos principios opuestos, la lei de la carne y la lei del espíritu? ¹ Lo mas grande que tiene el catolicismo, para las sociedades modernas, es el haberlas colocado entre la anarquía ó la estrecha precision de quedar necesitadas á pedir lo mismo mañana. Dios no es ménos rico, ménos sabio, ménos omnipotente, porque la humanidad eleva á él sus clamores todos los dias; y la religion católica nunca dejará de ser la eterna depositaria y suprema dispensadora de la paz entre los hombres, porque estos, abandonándose al impulso de sus caprichos, prosigan siempre en la guerra.

¿Qué será pues del mundo político en el porvenir? ¿Cómo encarnará en él esa eminente idea restauradora que saludan hoy todos los pueblos en la sagrada persona de Pio IX? ¿Qué influjo va á tener su restitucion á Roma en la política europea? ¿Está resuelto ya el ruidoso problema? ¿La revolucion está encadenada? ¿Las negociaciones diplomáticas han ganado fuerza expansiva y regularizadora en la centralizacion de alguna idea irrevocablemente aceptada? ¿La silla temporal de Pio IX está bastante firme, ó vacilará todavía? ¿Su atmósfera política se halla enteramente depurada, ó nuevas y mas espesas nubes posarán otra vez sobre el Quirinal, y nuevos dias de lágrimas tendrán que pasar todavía el órden político y la Iglesia?

¿Qué multitud de cuestiones! ¿Cuántas sombras apiñadas sobre la inteligencia! ¿Qué de espinas y escombros regados por la carra de la prevision en la línea del porvenir! ¿Y para qué las he propuesto yo? Solo para una cosa, católicos: para deciros que no me importan, que no me afectan, que no me perjudican. No me

¹ Condelector enim legi Dei secundum interiorem hominem: video autem aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meae et captivantem me in lege peccati, quae est in membris meis. Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis huius?—Ad Roman. cap. VIII, vv. 22, 23 et 24.

importan, porque soi del santuario, y no de la política: no me afectan, porque el catolicismo tiene siempre atado mi corazón con una cadena de oro hácia la Providencia: no me perjudican, porque no vengo á profetizar hoy lo que ha de suceder mañana, sino lo que se ha de verificar siempre que el espíritu reinante, la idea elevada sobre el acontecimiento que hoy celebramos, influya en la marcha de las naciones: para lo primero, necesitaria ser político, y esta es una ciencia de pocos: para lo segundo, me basta ser católico, y esta es una ciencia de muchos.

No me olvido que acabo de hacer una concesion al pretendido poder revolucionario, porque acabo de conjeturar las lágrimas de la Iglesia. Llorará la Iglesia, sí: llorará despues, como ántes ha llorado; mas no llorará por ella, sino esas lágrimas que son el símbolo de la gloria: sí, llorará por sus hijos extraviados y pervertidos, por sus hijos infelices: llorará por el Estado: ¿lo entendéis? Esto es lo que queria decir.

Viniendo pues á los Estados, digo, que su tributo no ha quedado sin recompensa. Ellos han dado gloria á Dios, restituyendo á Roma al Vicario de Jesucristo; y la Iglesia les da la paz, convirtiendo en provecho suyo todos sus ricos elementos para mantener la verdad, la justicia y el órden en la tierra.

Sin duda que se ha conseguido mucho con la aceptacion de los principios y la renovacion de las esperanzas católicas, como os dije en la primera parte, y no poco fruto se ha recogido en esta iniciacion sublime de caridad representada en el movimiento católico de todo el mundo civilizado. De esto os hablé tambien algo, porque poco debia deciros tratando de la cuestion especulativa. La caridad es toda práctica, bien lo sabéis, y en verdad que Jesucristo no quiso que se le probase mas que con las acciones. Simbolizola en la lei, y con solo esto echó por tierra las cavilaciones indignas de los sofistas y los manejos malvados de los hipócritas. No son de poco precio, á la verdad, el pensamiento y la palabra que se filian bajo la bandera del bien: pero si la filosofía puede hallar un todo perfecto en el pensar y en el decir; la religion jamas concede su diploma sino á solo aquello que, iniciándose en la fe, se consume en la caridad por medio de las buenas obras. *No amemos, hijos,* decia el Apóstol San Juan, *con las palabras y con la lengua, sino con las obras y la verdad.* ¹ Digo pues, arreglándome á esta doctrina, que la valiosa conquista del Estado viene á tener su consumacion,

¹ Filioli mei, non diligamus verbo, neque lingua: sed opere et veritate.—I Joann. cap. I, v. 18.

digámoslo así, en la parte positiva y en los efectos prácticos del ilustre acontecimiento. Pío IX ha vuelto á Roma, no por la puerta excusada ni por la línea desapercibida de una combinacion extraña al pensamiento práctico que domina en toda la sociedad actual, sino por esas vías espaciosas y francas por donde se precipita todo el presente siglo. Sí: la vuelta de Pío IX es un hecho social. ¿Queréis medir la extension de su resultado? Apreciad sus relaciones íntimas con la sociedad política. Estas relaciones nos conducen á reconocer: primero, una mayor estabilidad en la combinacion positiva de los elementos del orden; segundo, una garantía permanente de la unidad, alcanzada como un precioso resto en el naufragio común en que iban á perecer los primeros Estados del mundo; tercero, una solucion práctica de las cuestiones más prominentes que los ejércitos han estado agitando hace más de medio siglo á sangre y fuego en el teatro de las disenciones civiles; cuarto y último, un escarmiento colosal que predomina sobre todas las emergencias turbulentas y desorganizadoras que surgen aquí y allá en el dilatado campo del universo político. Me encargo de estos cuatro puntos para sacar avante la segunda proposicion, que me propuse hacer sensible para bien de la moral pública en el aspecto social que, con permiso de la religion santa, he dado á mi discurso; pero encerrando en los estrechos límites de una produccion de este género una materia que seria todavía fecunda y amplia para un libro, creo me excusaréis de buena gana, si me reduzco á simples y generales indicaciones.

Los elementos del orden, católicos, no pueden combinarse hoy, dígase lo que se quiera, sino en la universalidad subordinada constantemente á la unidad; y esto es precisamente lo que distingue las sociedades modernas de las sociedades antiguas. Nunca estas formaron un cuerpo, bien lo sabéis, porque nunca tuvieron un espíritu que á todas las animase. Escoged una centuria, os dejo la eleccion, cualquiera, la que queráis, en las épocas anteriores al cristianismo, y no formaréis un todo, sino solo en vuestra fantasía. Del cristianismo acá, principalmente cuando él hubo difundidose por el orbe, el género humano no ha podido ser heterogéneo en su mayoría, es decir, en su parte civilizada: porque obraba por su civilizacion y segun su civilizacion. Obraba pues, segun el principio que le hubo civilizado; se movia, aun sin apercibirse, por el catolicismo, que es el que ha civilizado al mundo. Si el mundo, como el hijo pródigo, ha recogido varias veces el rico patrimonio, para irse á lejanas tierras; si en otras tantas ha disipado en los desórdenes de su vida social toda la rica herencia; si mil veces ha tenido que servir

á un tirano, por no servir á un padre, y preferido sobre el alimento sano de la doctrina católica las bellotas inmundas de una filosofía bastarda; si nunca se ha juzgado más glorioso algunas veces, que mintiendo á su nobilísima estirpe, de ello no tiene la culpa el padre que le crió: porque los desastres del mundo moral, reflectando siempre sobre las voluntades extraviadas por una libertad abusiva, no pueden volverse al cielo, sino para entrar al abismo por la justicia, ó volver á la nada por la misericordia.

Vuelvo á decir, que el mundo de hoy es otro: sus esfuerzos por el cisma, no le librarán jamás de la unidad de su naturaleza. Las naciones de hoy parecen los miembros de un mismo cuerpo; y al ver esa multitud de afinidades que se desarrollan constantemente sobre la vida social, reconocemos, al través de las diferentes formas con que se presenta cada Estado político, una cierta expresion de familia: sospechamos que corre por ellos la misma sangre; y, católicos, ahora conozco que no es una sospecha, sino una realidad: corre por ellos la sangre de Jesucristo.

El catolicismo creó, pues, una condicion esencialísima de conservacion para la sociedad moderna. Esta, por la lei de su naturaleza progresiva y perfectamente desarrollada, es política, y no puede ser otra cosa, así como la religion es católica, y no puede ser otra cosa: lo político y lo católico son dos ideas paralelas, y que han de marchar siempre paralelas, quiérase ó no: porque el movimiento de las ideas y la fuerza expansiva de las cosas son independientes de la voluntad humana. No está en la mano de nadie quitar á la sociedad un solo atributo de los que la constituyen. ¿En el estado actual de su desarrollo es política? No temáis que deje de serlo, porque no debéis temer que vuelva á la infancia. ¿Por la naturaleza de sus relaciones es religiosa? Dejad, pues, á los atéos y á los deistas, que se diviertan con sus delirios, ó mas bien, entomendadlos á Dios; pero no temáis que deje de serlo. ¿Qué veis en la infancia del mundo? El orden doméstico en la sociedad patriarcal: lei de la naturaleza, religion natural, sociedad de familia. ¿Qué en su juventud? lei escrita de un lado, códigos imperfectos de otro: sociedad puramente civil: orden simbólico y figurativo en las altas revelaciones del culto judío: politeismo, es decir: falsas formas de la idea religiosa, en el mundo gentil: en suma: heterogeneidad en el mundo religioso y político. ¿Qué, por último, en la madurez presente del género humano? y no os olvidéis que os hablo del carácter del conjunto, desdeñando los pormenores: ¿qué sociedad política y religion católica: católico es lo universal en la idea religiosa: político es lo universal en la idea social. ¿En qué

venimos pues á parar? En que, á pesar de la lucha de las doctrinas, del debate de las opiniones, del choque de los intereses, de la multiplicidad y multiformidad de las teorías, de la pluma y de la sangre, de los propagandistas entusiastas y de los falsos profetas, el mundo levanta la cabeza, sigue andando, y continúa su antigua, su irresistible marcha, mostrándose en sus colosales dimensiones *católico y político*.

Y ¿por qué un fenómeno tan extraño en las previsiones de ciertos políticos? porque la sociedad ha comprendido mejor, ó por lo ménos ha sentido con mas fuerza, el valor político del catolicismo. La revolucion, que tendia á desnaturalizarle, ha restitúidole todo su vigor social, poniendo en claro dos importantes verdades. ¿Cuáles? primera, que la religion y su Iglesia no están en oposicion con las combinaciones legítimas de la sociedad; que nunca se afecta de las formas, sino para perfeccionarlas y cubrirlas con el esplendor de la magestad; que ella es madre comun de las monarquías y de las repúblicas, y que en su inagotable fecundidad halla siempre recursos infalibles para afirmar todas las instituciones sociales: segunda, que fuera de su círculo no puede haber sino contradicciones en las doctrinas, oposiciones en las ideas, choques en los intereses y anarquía en la sociedad.

Si, católicos: la religion es católica porque es universal, y es universal porque es de todas partes y está en todas partes. El catolicismo no es un ropaje que la cubra solo por medio lado: veréisla católica por donde quiera que esté. Si está en la política, allí es católica: ¿y sería católica en la política, si excluyese algun linaje de instituciones? San Pablo no distinguió entre las formas políticas: cuando mandó á los pueblos que obedeciesen á sus autoridades: justo era pues, que las autoridades no hiciesen alto en la situacion, cuando se trata de rendir al Ser Supremo los honores que le son debidos. *Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César*,¹ dijo Jesucristo, y con solo estas dos palabras constituyó la sociedad moderna. Con ellas, católicos, os hago una invitacion. Estudiad la historia de los desastres públicos: no os exijo la fe; pero sí la lógica y el criterio. ¿Por qué tantas desgracias? por una de tres cosas, y por ninguna otra: ó porque no se dió á Dios lo que es de Dios, ó porque se rehusó al César lo que es del César, ó por todo junto. Explicadme, si no, de otra suerte las revoluciones del Norte de la Europa, la revolucion francesa, y últimamente la re-

¹ Redite ergo que sunt Caesaris Caesar, et que sunt Dei Deo. Math. cap. XXII, v. 21.

volucion italiana. En este artículo fundamental están pues garantizadas la libertad de los pueblos, la autoridad de los gobiernos, la paz de las naciones y la gloria de Dios.

Siglos hubo en que tales convicciones figuraron en el cuadro animado de la sociedad, en que realmente se dió á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, y en que, garantida, por explicarme así, la vida social de la idea con la inalterable concordia entre la Iglesia y el Estado, todo marchaba con magestad; y es mui digno de notarse, que la sociedad no empezó á retroceder, sino desde que idolatró en una invencion aérea, sacando el idioma de sus quicios y poniendo con énfasis la palabra *progreso* en las instituciones sociales. Creyóse sorprender y de facto se sorprendió la atencion pública con esta palabra. Entró en la filosofía, y acabó con la verdad; entró en las artes, y acabó con la belleza; entró en los intereses, y acabó con la justicia; entró en la moral, y acabó con la virtud; entró en la política, y acabó con el orden; entró por último, en la sociedad, y acabó con sus instituciones. Calma, católicos, criterio, recuerdos bien analizados, relaciones bien fijas: he aquí lo que os pido. ¿Lo habéis pensado bien? Pues decidme ahora: ¿puede vivir esta palabra sin las revoluciones políticas? *Sí*, en su significacion natural, en su idea legítima, como habia vivido siempre, porque es contemporánea del mundo. *No*, en esa significacion arbitraria y caprichosa, si bien enfática, con que juega en los labios de ciertos políticos: porque aquí no puede tener mas atributo que ser el tema general de todas las revoluciones. Bien sabéis que esta palabra es jóven todavía, y lo peor es que debe serlo siempre; porque ella no puede llegar nunca á la edad madura, ni fallecer en la senectud: vive en las revueltas, y espira en la paz: medra en los trastornos, y acaba en el orden.

Pero qué, ¿el catolicismo está en oposicion con el *verdadero progreso* de la sociedad? Abrid, católicos, los ojos, y reflexionad bien que el catolicismo es precisamente quien ha definido, enseñado, propagado ó instituido en el teatro de la sociedad esta idea, hija legítima de la naturaleza humana, y que no puede contraponerse sino solo á la naturaleza divina. Dios es el *alpha* y la *omega*, el principio y el fin;¹ y entre estos dos puntos está colocada la vida del individuo y la vida de la sociedad: partir del uno y dirigirse al otro es progresar. Desde que se ha arribado á la existencia, el retroceso es imposible, y por tanto debe ser imaginario: la quietud es la nada.

¹ Ego sum Alpha, et Omega, principium et finis, dicit Dominus Deus, qui est, et qui erat, et qui venturus est. *Apoc.* cap. I, v. 8.

¿Qué inferís de aquí? Dos consecuencias importantes: primera, que solo Dios no pertenece al progreso; porque, siendo un ser infinitamente perfecto, no tiene que obedecer á esa lei que solo comprende por su naturaleza lo que es perfectible. Echad una ojeada sobre la naturaleza física, y veréis la lei del progreso en el incremento, desarrollo y perfeccion de todos los seres. Venid al mundo intelectual, y veréis la observancia ó la infraccion de esa lei en los adelantos ó la decadencia de las letras, de las ciencias y de las artes. Traed vuestros ojos al mundo moral, y veréis simbolizados el progreso en la mejora, el retroceso en los atrasos de la civilizacion. ¿Cuáles son, pues, las naciones que mas progresan aún en el orden político? ¿Aquellas, por ventura, que se están constituyendo y destruyendo alternativamente, y que han menester, digámoslo así, de un almanaque para contar sus revoluciones, como cuentan sus dias? Aquellas que de un golpe quieren aniquilar los siglos, para acelerar el triunfo de ciertas teorías? ¿O aquellas, mas bien, que bastante sábias para querer luchar con la naturaleza, facilitan el desarrollo franco de todos sus elementos, buscan los adelantos posibles, y esperan sin agitacion para vivir sin turbulencias y gozar sin obstáculos? He aquí, católicos, los dos progresos: el de la filosofía y el del buen sentido. El catolicismo ha fijado estas ideas, determinando sus puntos cardinales; las ha hecho pasar al campo de la vida práctica, sometiéndolas á la moral; las ha fecundado, haciendo que todo camine impelido por dos fuerzas conspirantes, la de la razon y la fe en el teatro vastísimo de la inteligencia, la de la naturaleza y la gracia en la diversa marcha de la conducta, la de Dios y del hombre en todo el sistema de los acontecimientos humanos.

Se ha dicho que *la Iglesia no es de este mundo*, y se ha dicho bien, pues lo enseñó Jesucristo;¹ mas lo que se ha querido decir envuelve una suposicion falsa, y es por lo mismo esencialmente falso: se ha supuesto que no está en este mundo, para quitar á la sociedad su carácter religioso, y á la Iglesia su derecho temporal. *La iglesia no es de este mundo*, pero está en este mundo: la sociedad civil no es del cielo, pero va para el cielo. Encuéntranse pues ambas en la tierra, y aunque con orígenes y misiones diversas, tienen destinos análogos, íntimas y esenciales relaciones. Diversas en el aspecto, en la idea, en la abstraccion filosófica, por decirlo así, son unas en el hecho, pues que la sociedad civil está compuesta de los mismos que constituyen la sociedad religiosa.

¿Cuál es pues, católicos, la garantía permanente del orden en la

¹ Regnum meum non est de hoc mundo. Joann. XIII, v. 36.

sociedad moderna? Una institucion visible, constante, donde veamos la esencia física, la reunion actual de los elementos constitutivos de una sociedad, una, universal, verdadera, justa, ordenada, constituida en suma; una institucion donde soberanamente, esto es, con la penitud interior y exterior de la independencia y de la libertad social, viva y reine el principio católico y el elemento de la unidad política. ¿Dónde hallar esta institucion?—“En el pensamiento social,” clama el racionalista, y la sociedad le dice: “*mientes.*” El demócrata sostiene, que en la voluntad libre del pueblo, y el buen sentido le dice: “*mientes.*” El teocrático, creyendo hacer un homenaje á Dios, y trasplantando á la economía puramente humana de la sociedad civil el carácter definitivamente perfecto de la sociedad católica, dice lo que piensa, y la religion y la filosofía le replican: “*mientes.*”—“En la buena combinacion de las formas,” afirma el constitucionalista; y la historia, señalándole con el dedo esos escombros donde se han venido aglomerando las hojas rotas y pisadas de todas las constituciones políticas, le dice: “*mientes.*” ¿Dónde está pues esta institucion? En la doble representacion de esa silla que pasa alternativamente del Vaticano á San Pedro: allí está, y no puede estar en otra parte. Bien concibo el trono temporal en cualquier Estado político; mas estas dos soberanías deben de estar juntas, y la Sede augusta de la religion solo puede estar donde está el Papa, solo debe estar en Roma.

De este modo, católicos, hemos visto por mas de una centuria disputándose palmo á palmo los destinos del mundo civilizado en una sangrienta y escandalosa lucha: las escuelas racionalistas, las teocráticas, democráticas y constitucionalistas, contra el buen sentido, contra la historia y contra la religion. De este modo hemos visto venir el socialismo, viento en popa, sobre tan reiterados encuentros y tantos cismas, y de este modo hemos visto figurar una crisis para toda la humanidad en los últimos acontecimientos. La Europa lo habia estado meditando, viendo y palpando todo desde tiempos muy atras, díganlo sus escuelas y sus libros; mas le faltaba recibir un golpe que fuese al mismo tiempo intelectual, moral y material. Le recibió en efecto de su última revolucion: el instinto la condujo á buscar un remedio; restituyó al Papa, y hoy parece respirar. No sé si habrá sanado perfectamente; pero si os aseguro, que pasará á la posteridad con una noble cicatriz. Felicitemos pues, católicos, al mundo por su desengaño, y pidamos á Dios que este desengaño no sea estéril, sino que afirme y perpetúe esta vuelta feliz de las cosas á un orden mas regular y mas constante.

Sin quererlo, he vuelto al gobierno temporal de los Pontífices,

que me ocupó no ha mucho en mi primera parte, dando una nueva demostracion, ó qué sé yo, si haciendo redundar una idea. No me pesa: ni hablo para mí, ni me dirijo á los sabios: he querido hablar principalmente al pueblo; y al pueblo nunca se le habla bastante cuando se trata de inculcarle ideas sanas. Por otra parte, yo he debido volver á andar algo de mi primer camino, para encontrar el objeto práctico que aquí busco. En verdad, católicos, que nunca he temido por la subsistencia de los principios, independientes, como bien lo sabéis, de las opiniones humanas: tampoco éstas me causan pena; tienen un círculo en que pasan su revista y describen su órbita. Una cosa importa saber: ¿cuál es al presente la condicion social de la idea en el mundo de lo positivo? Y despues de lo que he dicho, no me tardaré nada en daros una respuesta satisfactoria. Bástame señalarlos á la Europa, deteneros en Roma y pedirlos el significado práctico del hecho glorioso que hoy celebramos, de un Pontífice vuelto á colocar en su trono temporal por las manos de la República francesa, y á la vista y con el beneplácito de todo el mundo civilizado. Cuando yo veo esto, os aseguro en verdad, que me cuesta pena y trabajo acordarme de una sola página de entre esa infinidad de libros y folletos que han combatido la idea. Veo, reconozco, admiro el imponente suceso, doi gracias á Dios, y espero mucho para el mundo político.

¿Y qué os diré de la unidad? que había desaparecido, católicos, y con ella la brújula para los políticos, el Estado para los pueblos y el aplomo para los gobiernos; pero que su reaparicion empezó á columbrarse un tanto al través del suceso glorioso que nos ocupa.

¿Quién contará, quién analizará, ó dominará con su razon ese campo inmenso de combustibles ardiendo sobre el vasto suelo de la Europa, cuyos fuegos en oleadas reflejándose sobre ambos mares, vinieron á inflamar los mal apagados restos de nuestras pasiones políticas en esta parte del nuevo mundo? Desde aquel día para siempre memorable en que un pueblo inmenso dominado á la vez por la gratitud y por el entusiasmo, se precipitó sobre los muros del Quirinal, para felicitar á su nuevo Soberano, al cabo de seis meses de un gobierno franco y paternal, hasta esa otra época mas memorable todavía en que vimos postrado súbitamente desde su inmensa altura el trono de Luis Felipe de Orleans; es decir, en el brevísimo periodo de trece meses, toda la sociedad europea, como si hubiese atinado en sus invenciones con un rival que oponer al rápido curso de las edades, anduvo con su revolucion la carrera de dos siglos. Abriéronse repentinamente todas las esclusas que habian mantenido cerradas la prevision, el cálculo, la política, la fuer-

za física y moral de la tierra, y como los vientos de la Fábula, se precipitaron de golpe por estos mil conductos todos los torrentes diversos, mal contenidos por medio siglo, de las locuras filosóficas y de las pasiones políticas, y al estruendo imponente y aterrador de la catástrofe, tembló la Italia, tembló la Europa, tembló el mundo. ¡Qué confusion, qué trastorno! ¡Qué maravillosa confluencia de elementos conjurados contra las esperanzas y la conservacion de la sociedad!... ¡Y Roma? ¡Y su insigne Soberano? ¡Y aquellas protestas entusiastas de adhesion y de amor que se le rendian? ¡Y aquel gran movimiento, aquel no interrumpido progreso de triunfos, aquellas incesantes ovaciones, aquel patriótico y libre clamoró que se cruzaba todos los dias por las moradas de los Pontífices?... ¡Ah! la lengua se resiste á proseguir, "y el ánimo, podria decir yo tambien, experimenta una secreta repugnancia para volver hácia tales recuerdos!"

Roma, ese pueblo que tentaba incesantemente la imperturbable calma y la paciencia del nuevo Pontífice para obtener su bendicion, que olvidaba los favores tan velozmente como los recibia, que condenado á vivir solo de aspiraciones, no veia lo que se le otorgaba, sino lo que el fanatismo de la situacion ponía sucesivamente delante de sus deseos: ese pueblo en cuyo corazon revivió, con el entusiasmo de la libertad, la noble fiereza de los Catones y la indómita osadía de los Brutos, sin el valor y constancia de los antiguos romanos; que todo lo poseia para conmovier y destruir, nada para ordenar y establecer; que adormecido y acostumbrado en sus goces, sin comprenderlos, sin estimarlos, ni señalar su origen, solo se ocupaba en cambiar de posicion: ese pueblo en cuyo seno andaban luchando, con sus recursos impotentes el *statu quo*, con su cabeza volcánica el republicanismo europeo, y con sus ilusiones bellas y candorosas el partido liberal; que se movia en todas direcciones, sin adoptar definitivamente una línea; que fanatizó por un Rei-Pontífice, para olvidar luego al Papa; que combatió al Papa, para librarse del Rei; que buscó en la secularizacion del gobierno lo que no acertaba á definir; que quiso constitucion, para ponerse á la moda, y se disgustó pronto de esa constitucion, porque no estaba de última, digámoslo así; que pidió libertad sin límites en las instituciones, en la imprenta, &c., &c., para gobernar por sí mismo; que hojeaba impaciente las páginas de la revolucion francesa, para echar la segunda edicion de esta historia deplorable; que muy pronto declaró incompatibles el *progreso* y el *Papa*; que..... Basta..... ¡A dónde iba este pueblo?—A la muerte.—¡Por dónde caminaba?—Por la anarquía.—¡De dónde habia partido?—Del cisma.

¿Y los otros Estados de la Italia? Aquí se afirma el despotismo; allí se desarrolla la tiranía; allá se hunde un trono; acullá una confederación se inaugura; ora se pronostica todo para la república; ora se promete mucho á los partidarios reaccionistas de las combatidas ó arruidadas monarquías. Las antiguas tradiciones descienden á la empeñada lucha y perecen luego á manos de las nuevas teorías; los viejos títulos de tantos soberanos se eclipsan entre las densas nubes que levanta la revolución europea; las doctrinas se confunden; los políticos se desconciertan: nuevas generaciones parecen venir de momento á reemplazar á las antiguas. Todas las excisiones se preparan al combate: cada partido quiere reinar sobre la tempestad; y la ciudad eterna, en tan tremenda crisis, parece ir á la vanguardia de la muerte política con que es amenazada la Europa. ¡Políticos profundos, sagaces discurridores, soberbios filósofos, valientes y hábiles guerreros! venid, conjurad la borrasca, reincorporad tantas dispersiones sobre los antiguos cimientos de la sociedad europea: vosotros principalmente los que, lanzando una risa de lástima sobre los que veían ligada la suerte del mundo político á los destinos del catolicismo, os burlabais de su influjo, dirigiendo un fino cumplimiento á la venerable y angusta persona del Pontífice reinante;¹ venid, acometed á la grande empresa; obrad una nueva creación en medio de ese caos; decid con la énfasis que os es tan propia: *hágase la unidad*, y ya veremos si *la unidad es hecha*. ¡Vano esperar, católicos! ¡inútil pedir! ¡Ah! si el Señor del cielo y de la tierra no ha de venir á levantar este edificio suntuoso en que compiten la elegancia y belleza de los pormenores con la unidad magestuosa del conjunto, los miserables y soberbios arquitectos políticos nunca lograrán, por cierto, sino reproducir el fenómeno de aquella famosa Babel, cuyo recuerdo nos conserva la Historia santa como una infalible profecía, ó como una protesta viva del poder del cielo contra las locuras de la tierra. Si no me creéis á mí, creed al Profeta, que es quien lo ha dicho, y á un Profeta que miraba el porvenir desde la altura de un trono, y que cantaba su impotencia, cuando ya se habia hecho famoso por haber postrado diez mil enemigos á su derecha y mil á su izquierda. David es quien habla: *Nisi Dominus edificaverit domum, in vanum laboraverunt qui edificant eam*.² Os alarmáis frecuentemente por la suerte de la sociedad, y bien hacéis, porque debemos amarla, como Jesucristo amaba

¹ Véase la obra de *Andrés Luis Mazzini*, titulada: *De l'Italia dans ses rapports avec la liberté et la civilisation moderne*: tom. II, part. 2^a, cap. V, pág. 193. [Ed. de París 1847.]

² Ps. CXXXVI, v. 1.

á Jerusalén: mas poniendo vuestras esperanzas en el hombre, para que ella se salve, hacéis mal, porque no es el hombre quien ha de salvar la sociedad: *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam*.¹ Queréis que el orden se conserve, y queréis bien, pues por aquí se camina á la felicidad; pero ponéis mano á la obra ¡ó políticos! y obráis mal, comenzando por arrancar el uno del otro, esos dos elementos en cuya combinación está el secreto de la vida social, el elemento político y el elemento religioso.

Por fortuna, católicos, la suerte de la sociedad no depende de los políticos, sino de los pueblos; y si aun he de buscar la última exactitud en la expresión de mi pensamiento, no depende tampoco de los pueblos, sino de la Providencia. Dios castiga la obstinación del orgullo político, del orgullo filosófico y el desenfreno de las masas indómitas, haciendo aparecer lo contrario de lo que imaginan, anuncian y se prometen, y convirtiendo los acontecimientos en un poder irresistible que, burlando los cálculos y las previsiones, triunfa de la anarquía, domina las revueltas y restablece el orden en la sociedad. Ved, si no, lo que de facto sucede: observad esas tendencias espontáneas y comunes á favorecer la causa del Pontífice; escuchad los ecos de las tribunas europeas y la voz de la prensa; notad ese movimiento religioso tan extrañamente improvisado en la época presente, esas conversiones políticas y morales de todas partes nos vienen á sorprender; esa recelosa cautela con que se oyen y reciben las nuevas teorías; ese pudor nobilísimo de los grandes talentos desengañados, que vuelven á los caminos que habian pretendido no ha mucho borrar del campo de las investigaciones; esos pareceres nuevos, esos libros nuevos, esos hombres nuevos, esa conducta nueva, esa Europa nueva que va reapareciendo con una sorprendente juventud en los instantes críticos en que debía estar sepultada. ¿Qué esto, católicos? La prueba práctica de que Dios ha retribuido á la sociedad con su acostumbrada magnificencia los homenajes que ella le acababa de tributar en la persona de Pio IX.

Las tendencias de la Italia y de la Europa toda, solo sirvieron para vigorizar la inteligencia, llamando al genio hácia las verdaderas causas de los trastornos sociales. Las desgracias pudieron mas que los raciocinios, pero estos adquirieron un vigor que no se olvidará nunca, mientras puedan transmitirse á la posteridad los ecos de todas las tribunas parlamentarias de Europa durante los dos años que van corridos.

Por esto dije tambien que con la vuelta de Pio IX, han tenido una

¹ Ps. CXXXVI, v. 2.

solucion práctica todas las cuestiones pendientes que habia estado agitando la Europa, y ha recibido el mundo un escarmiento salvador, tan grande como él. Estos dos puntos fluyen con toda naturalidad de los sucesos que acabo de referiros, y su carácter de consecuencias nos relevan á vosotros de la necesidad y á mí del empeño de una prueba especial, que prolongando mi discurso, reagravaria mas vuestra religiosa atencion.

Y despues de esto, ¿me filiaré yo, ministro del santuario, distribuidor de la verdad, siervo de la Providencia Divina, en algunas de esas escuelas políticas que suponian á Pio IX árbitro de la situacion, y á la sociedad que gobernaba dispuesta favorablemente á cualquiera pensamiento que quisiese imprimir sobre ella su nuevo soberano? ¿Diré con los unos, que dió un golpe mortal á las instituciones sagradas de sus antepasados, abriendo con imprevision y ménos prudencia las mal cerradas puertas de la anarquía social? ¿Sostendré con los otros que Pio IX es padre de las escuelas progresistas y ultra-liberales de nuestros tiempos? Dejad, católicos, por Dios, dejad siquiera en esta vez y por el lugar en que nos llamamos, estos vanos conceptos de la sabiduría humana: dejad que la filosofía y la vista microscópica de algunos políticos fecunde con su imaginacion el supuesto quimérico de que Pio IX tuvo sometido á su voluntad directamente el destino de Roma, indirectamente el destino de Europa. No sintáis, os ruego, de esta manera: desdeñad la cuestion política, venid á la cuestion providencial: abandonad el pequeño círculo de la libertad humana, fijáos en aquel círculo inmenso de los designios divinos. "*Yo condenaré la sabiduría del sábio y reprobaré la prudencia del prudente.*" ¿Sabéis, católicos, quién es el autor de estas palabras? ¿Os acordáis con qué motivo fueron pronunciadas por la misma Sabiduría eterna? ¿Ignoráis que son católicas y divinas, teniendo por lo mismo un sentido universal y aplicaciones infinitas? Por lo que á mí toca, desde que he tenido la fortuna de abismarme con la fe en su adorable profundidad, han perdido sus prestigios para mi admiracion los partos ingeniosos de la filosofía y las esquisitas y orgullosas combinaciones de la política.

¿Por qué, católicos, tan monstruosa confusion en los juicios diversos que ha formado ésta sobre el carácter social de Nuestro Santísimo Padre Pio IX? ¿Me atrevé á decirlo? Fuera del templo, no; pero en esta cátedra sagrada, sí: los hombres casi juzgan mal,

¹ Scriptum est enim: Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium. —I Ad corint. I, v. 19.

porque de ordinario juzgan sin luz y juzgan ántes de tiempo; y las calificaciones inmaturas y presuntuosas son de ordinario el triste patrimonio de la filosofía.

Para la gloria de Pio IX me basta salvar dos ideas que nadie puede poner en duda: la intachable rectitud de su proceder y la bondad proverbial de su corazón. Nadie rehusa el reconocimiento de estos dos nobles atributos al carácter social de eminente y santo Pontífice que hoy gobierna la Iglesia. Afirmáos, pues, en este punto de partida; contad con Dios para juzgar, como él contó con Dios para proceder; salvad los límites estrechos del pensamiento político, y penetrad en los reservorios inmensos de los designios providenciales: contemplad bajo este solo aspecto al nuevo Pontífice en sus relaciones con el estado político de la Europa. Yo me complazco, católicos, en haceros esta noble invitacion, porque os llamo á contemplar el cuadro mas sublime que nos presenta la historia de las sociedades modernas. No ha mucho habéis visto á Pio IX colocado por su doble investidura entre los cielos y la tierra: vedle ahora situado en las mas altas cumbres de lo presente, entre los siglos que ya pasaron, y los siglos que se apresuran á venir: vedle aparecer en la primera silla de la Basílica y sobre el trono de Roma, en los momentos en que reiterados temblores agitan al mundo político; en que un ruido misterioso le hace estremecer por sus destinos; en que las tinieblas descienden sobre la prevision, y la incertidumbre burla el talento y la sagacidad penetrante de los genios mas esclarecidos; en que un rei que parecia inamovible sobre el trono de Francia, siente que le empiezan á faltar los apoyos; en que la Austria se desconcierta; en que las cabezas mas bien organizadas de la diplomacia de hoy se trastornan y ya comienzan á vacilar; en que las relaciones de la Santa Sede ganan por una parte las simpatías del imperio de la Média luna, cuyos odios habian quedado en pié desde el tiempo de las cruzadas, y desarman para la política de Roma las prevenciones del protestantismo, conquistando el corazón de la Gran Bretaña; en que la Europa conmovida, el mundo todo en crisis, clavan sus ojos en los muros del Quirinal, como para esperar la contraseña del grande sacudimiento que le amenaza: recoged todos los datos que pueden servir aquí para apreciar en su justo valor la gran crisis del orbe político: la lucha de las doctrinas abierta con la reforma y terminada en el socialismo; el catálogo de las constituciones políticas figurando en los recuerdos y tendiendo de nuevo á la vida; las revoluciones desastrosas y las guerras nacionales; los triunfos de la filosofía levantando sus monumentos aquí y allá sobre la indiferencia religiosa y los estragos de las costum-

bres; la palabra *progreso* resonando mágicamente para electrizar el entusiasmo de la multitud y someter la sociedad á la vida de las transiciones; las mas fuertes monarquías de la Europa recelando de la antigua lealtad, mal seguras en sus viejos títulos, poco satisfechas con sus tradiciones, desconfiando de sus ejércitos, y humillando su aristocracia indómita delante de las turbas y al incesante grito de la prensa. Fijáos en esa *jóven Alemania* entrando en la madurez por los rápidos progresos de su obra, saboreando ya la realizacion de los designios que por mas de cincuenta años han ocupado sus vigilias, su talento y su accion, levantando ya la mano, digámoslo así, para pegar el fuego á la inmensa mina que tiene cebada bajo el asiento comun de la sociedad política y la sociedad religiosa: imagináos, por último, ese porvenir en inmediato contacto con lo presente, y sin embargo mas tenebroso que nunca para la prevision; esa Italia, antiguo domicilio de la libertad republicana, país clásico de los héroes, sepulcro del paganismo y trono de la cruz; esa Roma incomprensible, que ha mantenido siempre en accion las ciencias, las letras y las artes, donde han estado siempre reunidas todas las incertidumbres y todas las esperanzas; esa Roma, engrandecida por la religion, bañada con el esplendor de la gloria y con la sangre de los mártires, cantada por la poesía, respetada por la historia, temida por la política, embellecida por las artes, consagrada por los monumentos mas ilustres de todos los siglos, satirizada por la filosofía, combatida por la impiedad, compadecida por la ignorancia: considerad todo esto en los momentos en que Pio IX levanta su frente augusta y dirige sobre el mundo aquella mirada misteriosa que al través de la tempestad pudo distinguir á un mismo tiempo esta rápida carrera de vicisitudes que las circunstancias preparaban á su persona, y por las cuales habian de andar á un mismo paso la Europa y el mundo. He puesto á vuestros ojos el cuadro: analizadle si podéis; sometedle en buena hora bajo el dominio del cálculo político. ¿De qué se trata, católicos? ¿De un triunfo para el *statu quo*? ¿De un progreso mas para las aristocracias modernas? ¿De la realizacion final de una teoría política? ¿De la conversion de las masas en primeros agentes del orden y vehiculos de la civilizacion? ¿Del planteo definitivo de la democracia pura? ¿Del divorcio entre los dos primeros elementos de la sociedad humana por la violenta separacion de los dos atributos que se reunen en los Pontífices, el poder espiritual y el poder temporal? ¿De qué se trata? vuelvo á decirlos. Responded lo que queráis.... Por lo que á mí toca, trátase de salvar la sociedad en una gran crisis que la amenaza, trátase de que no perezcan inmolados junta-

mente, bajo el azote de las pasiones políticas, el orden y la libertad. Y para esto, ¿qué es necesario? Dominar la revolucion. ¿Cómo dominarla? "Filosofía, libertad, democracia: he aquí la revolucion" dice un escritor de nuestros tiempos; y la revolucion es una guerra activa y permanente contra todo principio y autoridad, contra "todo poder, contra todas las teocracias, contra todas las aristocracias, contra todas las monarquías de la tierra. La revolucion es "una cosa grande, mas fuerte y mas indómita que la fuerza física, "es el pensamiento, la palabra, la opinion, la prensa."¹ Y ¿no mas? Los filósofos partidarios hablan siempre á medias, porque hablan siempre con interes; los católicos lo dicen todo siempre, porque nunca tienen mas interes que el de la humanidad. La revolucion es tambien la muerte de las repúblicas, el patíbulo de las democracias mas bien organizadas; es una cosa que no se ha dicho, es la contradictoria viva de la fuerza moral. No hai fuerza moral saliendo del catolicismo; pero tampoco hai catolicismo, independiéndose del cielo. ¿Quién y por qué medios, pues, dominaria esa revolucion? Me concederéis á lo ménos, que cada uno de sus elementos necesita de un contrario. Pero si la filosofía la engendra, ella no puede matarla; si la libertad la impulsa, esta no puede disminuirla; si la democracia la sostiene, la democracia es impotente contra la revolucion. Hai mas: la filosofía luchando con la filosofía pasa por el cisma de las opiniones á radicar el escepticismo; la libertad en lucha con la libertad atraviesa por lagos de sangre para llegar á la tumba; la democracia combatiendo á la democracia trae consigo infaliblemente la anarquía. Si pues la revolucion ha de ceder, y no para la muerte sino para la vida de la sociedad, es preciso buscar para cada uno de sus elementos una oposicion de salud, una cosa que destruya en ellos lo que mata, y conserve y afirme lo que vivifica y perfecciona; una cosa que, reduciendo á sus justos límites la filosofía, la libertad y la democracia, las haga entrar, por la reforma y no por el sepulcro, á la grande obra de la restauracion. Empéñome, católicos, en hallar este antidoto de salud, en hallarle, porque existe; mas no en inventarle, porque el mundo no vive de invenciones. Si existe, le pido, no á los filósofos, cuya profesion al parecer es vivir en lo desconocido; no á los políticos, cuya gloria está cifrada en las combinaciones de las circunstancias; no á los guerreros, que presuponen un acuerdo á que obedecer, ó son unos furiosos armados contra la paz de las naciones; sino á la experiencia de todos los siglos y á los resultados prácticos de todas las sociedades; le busco, y.....

1 MAZZINI. Obra citada.

(los filósofos se reirán.) le encuentro á pocos pasos. ¿Dónde? en la creencia, en la lei, en la autoridad. De aquí colijo dos cosas: primera, que la revolucion ponía en lucha de muerte á la filosofía con la fe, á la libertad con la lei, á la democracia con la autoridad: sus triunfos por lo mismo no podían obrarse sino sobre el sepulcro de estos tres adversarios, y como el mundo no puede vivir sin creencias, sin lei y sin autoridad, preciso era esperar en ellas, ó resignarse con la inevitable muerte de todas las sociedades políticas. Pues bien, católicos, y de buena gana me pongo en espectáculo ante todas las ironías de nuestro siglo, ninguno de estos tres elementos es hijo de la tierra. La fe viene del cielo, la lei viene del cielo, la autoridad viene de cielo. La fe, la lei y la autoridad, consideradas como elementos fecundos y universales para la sociedad política y la sociedad religiosa: he aquí al *catolicismo*. Un Pontífice obrando con todo el poder del catolicismo sobre la revolucion europea: HE AQUÍ A Pío IX.

Católicos, clame cuanto quiera el racionalismo, cada hombre trae á la tierra un destino providencial. ¿Queréis la prueba? Ved coincidir en el dilatado campo de las edades las apariciones de ciertos genios con las mas señaladas épocas en la diversa historia de las naciones. Ellos entran á ciegas, digámoslo así, en una carrera misteriosa; pero nunca salen de la vida sin dejar señalada con una huella de luz la senda gloriosa que anduvieron en la sociedad. "El hombre se agita, pero Dios le conduce;" y este pensamiento profundo, que nos recuerda el nombre y el genio del Arzobispo de Cambrai, recoge con maravilla todo mi pensamiento.

Al cabo de tres años ya fenecidos, la misión política de Pío IX puede ser columbrada, y en verdad que lo que de ella va descubierta, basta para encadenar hácia él la admiración del mundo. El mismo hubiera retrocedido, si al inaugurarse sobre el trono que acababa de dejar con la vida Gregorio XVI, la hubiese tenido en su presencia. Sin embargo de su gran fe, tal vez hubiera replicado, como el gefe del pueblo de Israel; ó como el Príncipe de los apóstoles, habria necesitado, para seguir marchando por las aguas, que le reprochase dulcemente su vacilación al Arbitro de la naturaleza. Pío IX trajo pues al mundo una misión sublime, pero que no puede ser vista toda, digámoslo así, sino por las generaciones que vienen, y á distancia de medio siglo. ¿Pudo, era dueño de seguir la política de sus predecesores en las circunstancias críticas en que el mundo todo le esperaba para estar *por él ó contra él*? No, católicos: cambiando el teatro, varía la escena, y cierta política entonces, ejerciendo una presión violenta sobre un campo henchido de

combustibles, hubiera hecho mas desesperada en sus finestimos desastres una explosión que era ya inevitable; y en verdad, que tres ó cuatro meses de un orden precario no hubieran compensado todas las anarquías, todas las revoluciones, todos los crímenes, que con la fuerza indómita de un torrente que rompe sus diques, iban á precipitarse muy en breve sobre todo el género humano. No vino pues Pío IX á sostener á todo viento y maréa el *statu quo* contra los diversos intereses que contendían en la lucha. ¿Vino pues á proteger el desenvolvimiento práctico de las nuevas teorías que se paseaban por el mundo buscando la oportunidad, el tiempo y el caudillo? Preguntado á su conducta, seguidle en la vasta carrera de sus reformas, y tendréis una respuesta concluyente. Otros Pontífices comenzaron su carrera política, diciendo al pueblo: "obedece." Nada mas natural, cuando veían en sus felicitaciones el emblema de la paz y del orden. Pío IX se encuentra con un pueblo vacilante, dudoso, agitado, seducido, electrizado, en suma, por el fanatismo de la época. Comprendió que debía comenzar por la conquista de la voluntad popular, desarrollar un influjo eminentemente político sobre la situación, y seguir, digámoslo así, en su carrera intermediaria una diagonal oportuna, para llegar con buen éxito á la restauración social. ¿Cosa rara! Pío IX debió meditar en la restauración antes de que se trastornara el orden, y vivir y obrar sobre el porvenir mas que sobre lo presente. Aquella línea era la de las concesiones al pueblo. Suprimidla, y todo está perdido: buscad otra que preferir, y os fatigaréis en vano. Las concesiones de Pío IX fueron de suyo contingentes y transitorias, como la situación en que se hallaba: hacerlas figurar en el radicalismo es volver á la infancia, ó si se quiere, volver al siglo XVIII, y este tiempo ya pasó. ¿Son pues ellas el dato para juzgar definitivamente la causa del Soberano? No. ¿A dónde tendía pues Pío IX? No me tardaré en deciroslo, pero escuchadme aún. Bien sabéis que el pueblo, siempre favorecido y nunca satisfecho, intentó llegar hasta un punto vedado por los principios de la moral política, y señalado en las últimas exageraciones de la democracia como el gran pórtico del porvenir, y qué sé yo si como el palacio del socialismo. ¿Y qué sucedió entonces? ¿O momento perdurablemente célebre, eminentemente glorioso para el Augusto Gefe de los Estados romanos! Arribando el pueblo á este punto, Pío IX, inspirado juntamente por la religion y por el patriotismo, y revestido de aquella magestad imponente que le daba la situación, pronunció el *non plus ultra*, y levantando hasta los cielos el inamovible valedar, falló definitivamente y sin apelación la causa de los partidos.

Su salida de Roma, su mansion en Gaeta, esta mansion donde recogerá la historia todas las tribulaciones del destierro y todos los esmeros del mundo católico para con la persona de su augusto Gefe, es la demostracion palmaria y el argumento práctico de una prudencia consumada, de una alma superior al mundo conmovido, de una firmeza incontrastable y un carácter político de primer orden.

A estas consideraciones os llamo, católicos, no para convenceros, porque repito que soi el órgano de vuestras ideas, sino para fecundar vuestro regocijo y electrizar vuestra admiracion. Me equivoco: no para arrancaros tributos estériles á la gloria humana, sino bendiciones sin fin á la gloria católica, á esa gloria superior á los inmensos de todo un mundo embriagado por la admiracion y el entusiasmo, y á los grandes reveses que traen siempre consigo la falsedad de la política, la inconstancia de las opiniones y la ingratitude de los pueblos. Bajo el influjo contradictorio de estas dos situaciones, Pio IX se mostró siempre igual, y en consecuencia, siempre digno de la eleccion que de su persona hizo la Providencia, para conjurar la tempestad mas funesta que podia venir sobre la sociedad.

¿Cuál fué pues, repito, la mision de Pio IX? Apoyado en cuanto he dicho en el presente discurso, sin fijarme en el carácter privado de la revolucion de Roma, ni en la fisonomía histórica de la revolucion italiana, ni en las particularidades diversas que se han podido distinguir en los movimientos varios de los Estados de Europa; sin hacer tampoco un resumen, que considero innecesario despues de haber querido recoger en la persona de Pio IX todos los acontecimientos; y sirviéndome, sí, de estas recapitulaciones parciales que he venido sembrando á propósito, como puntos de una final aproximacion, os diré: que el EMINENTÍSIMO SR. JUAN MARÍA MASTAI-FERRETTI vino al pontificado en las circunstancias presentes sin mas influjo que el de Dios, igual para todos los soberanos, y sin privativas obligaciones para ninguno, á fin de salvar á la Europa toda, y con ella al mundo político, abriendo en ciertos puntos cuantos conductos fuesen indispensables para que se desahogase la sociedad sin perecer inevitablemente, como de otra suerte hubiera sucedido. Y así se verificó á la letra, católicos: el Pontífice-Rei no ha encontrado al mundo en su regreso á Roma como le halló en su advenimiento al trono. Encontróle, es verdad, agitado, conmovido, incierto, presa todavía de las alarmas; pero sus enemigos ocultos habian dejado ya las tenebrosas cavernas, para brotar al campo de la lid; habian perdido en el combate franco de dos años las provisiones atesoradas durante medio siglo; y si la causa de la lei y de

la autoridad, si la misma causa del poder temporal de los Pontífices penden todavía de las dudas en el problema del porvenir, esto nada importa para la cuestion presente, nada importa para la mision sublime de Pio IX, nada importa para los destinos eternos de la Iglesia católica, nada contra el verdadero y sólido triunfo que la religion ha reportado con sus principios, con sus garantías y con sus vínculos eternos de caridad en este grande acontecimiento, nada, por último, contra la evidéntisima verdad que me propuse desenvolver en la segunda parte de este religioso discurso, considerando la paz de las naciones como un hecho de consecuencia en la gloria de Dios.

Yo bien sé que no hay una cuestion definitivamente resuelta; que los mismos resultados prácticos figuran en la categoria de las transiciones; que las exageraciones políticas no han abandonado el campo de la lid; que la influencia del catolicismo, aunque gana terreno en las convicciones, no deja de ser combatida en las doctrinas; que el poder temporal de los papas tampoco ha dejado aún de ser el blanco de una terrible oposicion; que las miras políticas de ciertos Estados mui poderosos se hallan hasta hoi profundamente encubiertas; que las verdaderas intenciones de la Francia en la cuestion de Pio IX han sufrido y sufrirán todavía una empeñada discusion; que el ilustre y santo Pontífice ocupa hoi en Roma la silla de sus predecesores despues de un penoso destierro, pero sin respirar aún en paz; y qué sé yo, si nuestros himnos de reconocimiento habrán de ceder el campo mui pronto á las humildes y fervorosas súplicas por Nuestro Santísimo Padre atribulado segunda vez, si no en un pais extranjero. Lo sé. . . . Pero tambien sé, que Dios nos ha hecho sentir de mil maneras sus misericordias; que la misma vuelta de Pio IX es un presagio feliz; que el carácter de su mision es un argumento de bondad; y que para un mundo que iba infaliblemente á perecer en la mas tremenda explosion que imaginarse pudo, valiosa conquista es la de salvarse, aunque sea con algunos de sus dolores; que ha conseguido infinito aquel con solo haberse descargado ya del tósigo mortal que abrigaba en sus entrañas, y al que hubiera sucumbido sin duda, sin embargo de la ciencia y del arte, si la Providencia, dejando caer sobre sus miserias profundas una mirada paternal, no le hubiese deparado, con la exaltacion, la conducta, los sacrificios y la oracion eficaz de tan gran Pontífice, un medio de salvacion que ya parece incuestionable. ¿Seguirá la guerra? ¿Continuarán los partidos? ¿Nuevas conmociones agitarán la sociedad? Nada mas fácil, católicos: el mundo siempre es mundo, y el hombre siempre es hombre; pero nada concluyáis de aquí, ni

contra la gloria de Dios, brillante en el suceso que celebramos, ni contra la paz de los hombres, noble y santamente garantida en esta gloria de Dios. Nuevas nubes oscurecerán el horizonte, nuevas tempestades atronarán á los pueblos, nuevas miserias y nuevos crímenes vendrán sobre el género humano; ¿pero qué concluir de todo esto? Jamas un católico cuenta, para sus principios, sus esperanzas y sus vínculos inmortales, con una dicha no interrumpida y una paz permanente en la tierra. ¿Se trata de la Iglesia? Es militante por naturaleza, atraviesa por entre las borrascas, y vive siempre de victorias. ¿Se trata de la sociedad civil? Ella tambien hace su travesía por un *valle de lágrimas*.

Seguid pues en esa carrera ilustre á par que santa, ¡Gran Pontífice, insigne Soberano! Dejad que vuestro corazon, que ha recogido los tributos y sufrido tambien las adversidades de todo un mundo, se abandone al movimiento generoso que todos admiran y bendicen al contemplar vuestra persona. Llenad esa mision de salud que habéis recibido de las alturas del cielo, no solo para conducir la nave del pescador por entre las tempestades mil que han de agitar siempre á la Iglesia de Jesucristo, sino tambien para salvar estas sociedades políticas, víctimas deplorables de las tiranías de la razon extraviada por la filosofia incrédula, y del cisma funesto entre los intereses materiales, que forman el espíritu de nuestro siglo, y los intereses morales, que constituyen el objeto social de los principios católicos. Si una *cruz de madera salvó al mundo* de la idolatría, de la ignorancia, de la barbarie, del despotismo y de todas las tiranías, no será impotente la triple corona que dignamente portáis; pues que Dios la ha dejado caer sobre vuestras sienes para salvar de entre el orgulloso desden del filosofismo estas sociedades diversas de quienes os ha tocado ser contemporáneo. Ya sabéis, ó Pontífice, que se os ha prometido la sabiduría y el acierto, con las palabras de salud y de vida que han de bajar del Espíritu de Dios á vuestros labios cada vez que el espíritu del siglo llegue á presentaros sus grandes tentaciones.¹ Contemplad este mundo milagrosamente vuelto hácia vos con la esperanza, y unido á vos otra vez con la caridad. Aceptad esa voz de *fraternidad* que ha salido de Francia; pero haced entender á las naciones, que esta fraternidad será una mentira mientras la divina y santa maternidad de la Iglesia no se admita como una verdad.

Por lo que á mí toca, si despues de haberos hablado en nombre del mundo pendiente ahora de vos, augusto y santo Pontífice, me

¹ Math. cap. X. vv. 19 et 20.

es permitido venir al círculo particular en que la Providencia me ha colocado, llamando vuestras miradas á estos remotos países, que ha visitado ántes vuestro corazon, á esta República mexicana, á esta santa Iglesia y Estado de Michoacan; vos viviréis siempre en nuestra memoria: al través de todos los sucesos y vicisitudes que hayan de embarazar la marcha del porvenir, vuestro nombre será respetado y bendito en la gratitud de todos los mexicanos; y esta Santa Iglesia Catedral le trasmitirá siempre con respeto y con amor á todos nuestros sucesores en las sillas que ocupamos, á par que este privilegio de honor¹ con que habéis querido legarnos un monumento de vuestra munificencia, y con que hemos aceptado una obligacion tierna y dulce de gratitud.

Y vosotros, católicos, vosotros á quienes ha sido dado presenciar una de las mas fuertes conmociones de la tierra, asistir al tremendo espectáculo de una conflagracion inaudita, en que parecian ir á quedar inmolados con los principios todos los recursos y hasta las últimas esperanzas del porvenir: vosotros que aislándoos con vuestro pensamiento del golbo que habitáis, para verle vogar en el espacio inmenso por entre reiteradas borrascas y elementos desastrosos, habéis presenciado el milagro político de esta especie de salvacion, á pesar de los obstáculos todos que le opusieran las tendencias diversas de nuestro siglo: ¿qué fruto, decidme, qué provecho sólido y positivo habéis conquistado por los grandes intereses de vuestra eterna salud, al cabo de esta revista inmensa que habéis pasado con vuestro espíritu á todas las cosas de hoy, y al volver á vuestro raciocinio de esa profundidad insondable en que os habia tenido sumergidos una contemplacion verdaderamente sublime? Yo responderé por vosotros con las palabras de Profeta-Rei, diciendo aquí, sobre un desengaño tan ilustre, que la sociedad perecerá sin Dios, porque en El y solo en El está su salud: que El es el único que posee la clave de la esperanza, porque es único dueño de la eternidad: que todas las teorías en que la soberbia de los filósofos y políticos ha intentado en todos los siglos vincular los destinos de la sociedad, son apenas brillantes nubes que burlan el contacto al momento crítico de la prueba; porque no hay en los hombres mas que vanidad y mentira:² que el poder está en Dios, y en su seno se adunan y conciertan la justicia y la misericordia; *potestas Dei est*:³ que el poder está en Dios, porque El es el Arbitro supremo de la paz y de la guerra, y por El viven y prosperan, y sin El irreme-

¹ Alude aquí el orador al vestido morado que portan los capitulares de esta Santa Iglesia Catedral, por una concesion espontánea de Pio IX.

² Ps. LXI, v. 10.—³ Ps. LXI, vv. 12 et 13.

diablicamente perecen las naciones: *potestas Dei est*: que el poder está en Dios, porque Dios es la torre fuerte que la verdad y la virtud, los pueblos y los reyes pueden levantar contra sus enemigos¹; *potestas Dei est*: que el poder está en Dios, porque habla, y los contrarios de la verdad y la justicia, como la cera que se derrite son desechos, cual combustibles bajo el fuego son consumidos, y se resumen en la tierra, como el agua que pasa, y al *fat* irrevocable del Señor, tornan de nuevo á la nada;² *potestas Dei est*: que el poder está en Dios, porque su nombre es el símbolo de la vida y el heraldo seguro de la victoria, porque El se ha hecho manifiesto en todo el universo, dejando escuchar su voz en los grandes acontecimientos que presenciamos;³ *potestas Dei est*: que el poder está en Dios, porque ha sujetado á los pueblos, y hecho caer las naciones enteras á los piés de los que le representan en el mundo, porque El es el Señor Supremo de toda la tierra, y recoge desde el trono de Su Magestad los himnos de toda la creacion, porque reina y ha de reinar sobre todas las sociedades, porque le han rendido la obediencia los supremos gefes de las naciones, y porque ha dado la fuerza para vencer los ejércitos al robusto brazo de los héroes;⁴ *potestas Dei est*: que solo Dios es grande por lo mismo, y á El exclusivamente corresponden prez eterno y alabanza sin fin en esa *nueva Sion* donde reside el Vicario de Jesucristo, en esa Iglesia Santa fundada con el beneplácito y entre las aclamaciones espontáneas del universo admirado, para ser la capital del nuevo reino; en esos palacios suyos, desde donde le reconocen y aclaman todos los pueblos, y en cuyos muros han venido á reunirse con las miradas todas, el asombro, la conmocion y el culto de los reyes que se habian conjurado contra ella: en esa *Roma eterna*, simbolizada por el Profeta, á la cual bastaron algunos meses de soledad transitoria, para llevar el terror á todos los pueblos que el sol visita en su vasta carrera, y henchir de amagura el corazon de los príncipes:⁵ *potestas Dei est*.

Venid pues, ó pueblos todos, los que habéis admirado la obra de Dios, erigida sobre las ruinas de la obra de los hombres; poned atento el oido, vosotros todos los que cubrís con vuestras moradas la superficie de la tierra, opulentos y miserables, nobles y plebeyos; venid á escuchar esta palabra que la sabiduría de Dios ha puesto sobre mis labios para cantar sus alabanzas y publicar su gloria. No soi yo quien os convoca al rededor de la nueva Jerusalem; sino el cantor sublime de la misericordia, de la bondad y del poder del Al-

1 Ps. LX, v. 4.—2 Ps. LVII, vv. 8 et 9.—3 Ps. XLIX, v. 3.—4 Ps. XLVI, vv. 3, 4, 8, 9 et 10.—5 Ps. XLVII, vv. 2, 3, 4, 5, 6 et 7.

tísimo:¹ venid á presenciar el objeto mas grande y mas consolador que puede ofreceros vuestro pensamiento; el mundo todo sacudido por el brazo de la misericordia divina: venid para fecundar en su presencia vuestra esperanza, y verter al pié de sus tabernáculos augustos, las aflicciones y las penas de vuestro corazon. *Sperate in eo omnis congregatio populi, effundite coram illo corda vestra*:² venid á rendir á Dios los tributos de vuestra adoracion y los homenajes de vuestro reconocimiento, al contemplar la grandeza y sublimidad de sus obras: *Venite et videte opera Dei*; al verle pasar su cetro por todas las cosas del tiempo y de la eternidad, y clavar sobre las naciones los ojos de su Providencia, para que no vayan á perecer en su orgullo: *Dominatur in virtute sua in aeternum, oculi ejus super gentes respiciunt: qui exasperant non exaltentur in semetipsis*.³ Bendicidle pues, ¡oh naciones! y haced resonar en toda la tierra los himnos de su alabanza: *Benedicite, gentes, Deo nostro: et auditam facite vocem laudis ejus*.⁴

Y vos, ¡ó Señor! que desde el trono eterno en que residís ántes que la luz brillara sobre el orbe, dejáis caer vuestras miradas de misericordia sobre los mismos que os desconocen y ofenden, volved á nosotros, y no nos abandonéis jamas. A vos levantamos nuestro espíritu y, en vos colocando nuestra confianza humilde, os pedimos que no nos confundan jamas nuestros enemigos. En buena hora que se cubran de rubor y de espanto los que, siempre rebeldes, han persistido en su iniquidad; mas ábranse vuestros caminos delante de nuestros ojos, pues que llorando nuestros extravíos convertimos nuestro corazon atribulado á vuestra misericordia, y os pedimos remedio y salud para todos los que confesamos vuestro Santo Nombre,⁵ los que hemos amado el decoro de vuestra casa, viniendo á reconocer en ella la residencia sublime de vuestra gloria:⁶ los que os invocamos en el embate y os reconocemos en la caída vergonzosa de nuestros adversarios; los que á vuestra sola vista, echamos las alarmas, y la cobardía, y el temor fuera de nuestro corazon ante los campos enemigos:⁷ los que vemos los cielos afirmados por vuestra palabra, y brillar el concierto y la hermosura por la eficacia de vuestra voluntad en toda la naturaleza,⁸ los que hemos gustado y visto la suavidad inefable de vuestra presencia, y hecho una experiencia dulcísima de la felicidad con que coronáis la confianza de vuestros hijos.⁹ Volved, repetimos, los ojos de vuestra misericordia hácia

(1) Ps. XLVIII, vv. 2, 3 et 4.—(2) Ps. LXI, v. 9.—(3) Ps. LXV, v. 7.—(4) Ibid. v. 8.—(5) Ps. XXIV, vv. 1, 2, 3, 4, 6, 7 et 11.—(6) Ps. XXV, v. 8.—(7) Ps. XXVI.—(8) Ps. XXVII, v. 32.—(9) Ps. XXVIII, v. 9.

la suerte de toda la cristiandad postrada á vuestros piés. Radicad, para nuestro consuelo y nuestra esperanza, en la obediencia de los pueblos y en las virtudes de aquellos á quienes habéis confiado el gobierno de las naciones, esta gloriosísima victoria de vuestra palabra, de vuestro poder y de vuestro amor en los principios, en las esperanzas y en la conducta del mundo político. Acábesese de afirmar esa paz que solo existe donde se respeta vuestro Nombre, y que ella tenga larga vida sobre la tierra: que no vuelva á interponerse nunca la nube de las pasiones y de los errores entre la Basílica de Pedro y el mundo pervertido; sino que ántes bien, fijes los ojos de éste en la nueva Sion, se admire y exalte allí la hermosura de vuestra gloria.¹ Reconocemos ¡ó Dios mio! vuestros atributos adorables en esta conmocion inaudita de la sociedad actual, y hemos sentido vuestro brazo entre los terribles sacudimientos del mundo político. Vuestra, sin duda, es esa señal de justicia que nos ha penetrado de terror al presenciar el fuerte sacudimiento, la turbacion espantosa de la tierra. No resta pues ¡ó Padre! sino que, pronunciando el *hasta aquí* de vuestra justicia, hagáis resplandecer, en la paz de los Estados, en el triunfo de vuestra doctrina, en el arraigo de las virtudes, en la extincion de los odios y de los partidos, en el progreso legítimo de la sociedad, los sublimes é inefables atributos de vuestra misericordia. Mandad que el mundo trastornado recobre su aplomo, calmad sus agitaciones, volvedle la serenidad, curad las heridas de vuestro pueblo, y cambiad en gozo perdurable los dolores y las amarguras que tan lastimosamente le han conturbado. *Commovisti terram et conturbasti eam; sana contritiones ejus.*²

(1) Ps. XLIX, v. 2—(2) Ps. LIX, v. 4.

ORACION FÚNEBRE

DEL ILLMO. SR. D.

JUAN C. G. DE PORTUGAL.

PRONUNCIADA

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MORELIA,

EL 19 DE NOVIEMBRE DE 1850,
EN LA FUNCION DE HONRAS DE AQUEL VENERABLE PRELADO.

Præterit figura hujus mundi.

Pasa la figura de este mundo.

I. Cor. cap. VIII, v. 39.

HE aquí pues los siglos, los hombres y los pueblos, la parte positiva de la grandeza y el significado propio de la gloria, el colorido verdadero de esos fantasmas seductores que, subyugando la imaginación esclavizan la existencia, el terrible y soberano resúmen del mundo y de su historia: símbolos tristes, emblemas de dolor, lágrimas y recuerdos. . . . Da un paso el tiempo, y las generaciones desaparecen: da un paso el tiempo, y los desengaños corren el triste velo por todas las ilusiones de la vida: da un paso el tiempo, y arrebatada de aquí la figura de este mundo, para hundirla en el abismo de la nada. *Præterit figura hujus mundi.*

¿Dónde está el Doctor esclarecido, que hacia correr hasta por las aldeas y descender hasta la inteligencia de las turbas el misterioso y sublime libro de la religion y de la lei? ¿Dónde está el sabio, que veia constantemente llegar á su modesto retiro los homenajes ilustres decretados por la admiracion al talento y á la virtud? ¿Dónde está el ciudadano eminente, que hacia triunfar la elocuencia en las tribunas de la nacion? ¿Dónde está el Mecénas, á cuyo noble arrimo se crearon tantas reputaciones insignes? ¿Dónde está aquel, cuya mano abierta, como su corazon, sobre las miserias de los pue-